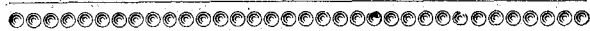


ves laterales, que á semejanza de las de San Félix, mejor se llamaran corredores, ninguna materia pueden prestar á una descripción; sin embargo el todo de esta iglesia es de sumo interés para la historia del arte, y el que no sin fundamento pintóse en su imaginación tristes y fúnebres todos los santuarios anteriores á últimos del 1100, queda sorprendido al ver uno de aquella época, dotado de toda la elegancia que se puede apetecer de una fábrica de semejante género. Los claustros de este monasterio son iguales en su forma á los de la catedral gerundense; pero, además de no alcanzar las extraordinarias dimensiones de los últimos, son más acabadas las labores de sus columnas pareadas, y en la parte exterior ó en la que mira al patio, sobre los arcos semicirculares, sobresalen cabezas, grupos de hojas, flores, etc., en que se apoya una especie de cornisa compuesta de pequeñas curvas, remate propio de casi todas las fábricas de entonces, que también se ve en los restos de murallas y torreones. Las bombas del último sitio echaron al suelo parte de las paredes de este claustro, y todo el monasterio se resiente del furor de las pasadas guerras. Una desnudez horrible se nota en sus muros; desaparecieron todos los monumentos sepulcrales, y sólo dos lápidas quedan en medio de tantos escombros.

Al salir de este templo, eche el viajero una ojeada á su campanario, cuya extraña forma revela la más remota antigüedad, y cuyo estado ruinoso corre parejas, si no le excede, con el en que se encuentra todo el monasterio. Esta pobre torre de campanas hállase hoy colocada precisamente sobre la muralla, de manera que le sirve de torreón y de tránsito á cuantos recorren las fortificaciones.

PABLO PIFERRER.



PENSAMIENTO

Vosotros, que os quejáis de la ingratitud: ¿no habéis tenido el placer de hacer el bien?

Lévis

¿GLORIAS?

¿D E qué nos sirven nuestras glorias? ¿No sería lo mejor dejarlas en el olvido? El reinado del amor sobre la tierra ¿no se lo retarda en vez de acelerarlo, recordando las pasadas guerras? ¿Cabe presumir que el hombre ahogue su rencor, cuando á los que supieron matar, no solo en vida se les corona de laureles sino que después de muertos se les alza estatuas? ¿Es de esta manera, celebrando fiestas conmemorativas de hechos sangrientos y erigiendo estatuas á los que en ellos se distinguieron, es así como los pueblos á los pueblos se amarán?

¡A cuán dolorosas reflexiones no se presta todo esto! ¡qué pesimismo más terrible— pesimismo del presente — no se apodera de nuestra alma al ver esa estupidez, ya que no maldad, que hace volver los ojos al pasado á la mayoría de la gente, que, con imaginación que de mala sana puede calificarse, da realidad á odiosas luchas y á héroes-bandidos sacrificadores de pueblos enteros! ¡que no vean ó no quieran ver los hombres que así los odios se eternizan y la felicidad del humano linaje se retarda!

* * *

Quando niños, ya se nos empuerca el cerebro con esos relatos que constituyen nuestra historia — ¡qué cosa más ridícula la historia tal como se la viene entendiendo! — y se nos embota el corazón para el hondo sentir del amor y de la vida, con los tan manoseados nombres de Numancia y demás que no quiero nombrar. Ante la tiernecita imaginación del niño desfilan los ejércitos, brillando al sol el bruñido acero de las bayonetas, ondeando al viento las banderas manchadas de sangre, resonando sordamente los cañones. — ¡Cuánta imbecilidad no revela el entusiasmasre por esas cosas! — Los caballos, aturdidos por la ferocidad de los combatientes, hunden sus cascos en el pecho de los pobres soldados moribundos. Y cuanto más se aviva el combate más bruto se torna el hombre. Sin corazón, sin cerebro, ciego, incendia, asola, hiere... ¡Ah, qué espectáculo más bello para despertar sanas emociones en el niño! ¡qué manera de formar hombres! Y lo peor es que lo que el niño de angelical rostro